

Cuentos espantosos

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Pez



loqueleg



www.loqueleo.santillana.com

© 1991, 1998, 2014, RICARDO MARIÑO
© 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4565-8
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Edición: LUCÍA AGUIRRE
Ilustraciones: ALBERTO PEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Mariño, Ricardo

Cuentos espantosos / Ricardo Mariño ; ilustrado por Alberto Pez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

80 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)

ISBN 978-950-46-4565-8

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Pez, Alberto, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 5.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016 EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Cuentos espantosos

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Pez

loqueleg

NOCHE DE LLUVIA Y TRUENOS

Una noche de lluvia y truenos me llamaron de urgencia de un castillo diciéndome que se habían quedado sin luz.

“Soy electricista”, me dije, “y me debo a la electricidad”.

Fui.

Segundos después de golpear a una puerta inmensa, se abrió una de las hojas y una voz de ultratumba me ordenó:

—Pase. —Y cuando estuve adentro, en la oscuridad, agregó—: Sígame.

En ese momento recordé que la linterna que llevaba no tenía pilas. Con dificultad, fui ascendiendo por una interminable escalera cuyos peldaños chillaban como degollados. El que me había abierto la puerta cada tanto decía:

—Siga... siga.

—¿Cómo es que usted no hace ruido al caminar? —se me ocurrió preguntarle.

—Es que soy fantasma.

—Ajá...

Continuamos ascendiendo.

Oí un ruido de cadenas entrechocando y después un prolongado alarido, seguido de carcajadas estridentes.

—¿Hay... más? En la casa, quiero decir, ¿hay más como usted?

—Sí —me respondió. Y enseguida agregó—: Es aquí, a la derecha. Ahí están los tapones de la luz.

—¿Dónde?

—Tantee la pared, a su derecha.

—¿Usted ve en la oscuridad?

—Claro.

—¿Entonces por qué quiere arreglar la luz?

—Este es un castillo abandonado y si no dejamos una luz encendida... en fin... ¡nadie se animaría a entrar!

—Entiendo.

Reparé los tapones y encendí la luz. Me volví hacia el tipo, pero ya no estaba.

—¡Listo! ¡Ya está arreglado! —grité—. ¡Eh! ¿A dónde fue usted?

—Estoy a su lado —me contestó.

—¿Es invisible?

—Naturalmente —respondió—. Bueno, ya podemos bajar.

Bajamos. Ahora que había luz podía ver el estado en que se encontraba el castillo: una ruina. A cada paso me enredaba con gruesas telarañas que colgaban desde el techo. No menos de cinco arañas peludas se treparon por mis piernas obligándome a sacudir los pantalones. Encima, el viento abrió una ventana y al chocar los postigos salieron de sus escondites cientos de murciélagos que se pusieron a revolotear sobre mi cabeza.

—¿Y para qué quiere que entre gente a esta ruina? —quise saber.

Me respondió con otra pregunta:

—¿Y de dónde vamos a sacar a nuestras víctimas?

—Hum... ¿y quién es el dueño de todo esto?

—Arkadi Arkadievich Bronski —contestó—. Murió hace cuatrocientos años. En vida, fui su mayordomo... en fin, lo sigo siendo ahora —había cierto orgullo en su tono.

—¡No me diga!

—Se lo estoy diciendo.

En ese momento se abrió una puerta y de allí salió aullando una chica, que, sin interrumpir sus

gritos desgarradores, se precipitó escaleras abajo. Enseguida apareció un gato de no menos de un metro y medio de alto, cuyos ojos tenían un inocultable destello asesino.

—¿Quién es? —le pregunté a mi acompañante.

—Es un gato que se alimenta con carne humana.

—No, la chica.

—Ah, es una dibujante o arquitecta, no sé. Ayer a la tarde vimos que merodeaba el castillo, tomando notas y dibujando en una carpeta. Hasta que en cierto momento se introdujo a través de una ventana que le dejamos abierta a propósito. Sin duda es una chica valiente.

—¿Y se alimenta con carne humana?

—No sabría decirle. ¡Ah! Usted se refiere al gato. Sí, él sí. Claro que no siempre puede hacerlo. Por eso cuando alguien entra aquí es él el más interesado en atraparlo. Lo llamamos “Bigotito”. A esta chica la está persiguiendo desde anoche.

Llegamos a la planta baja.

Me acerqué a la puerta y, frotándome las manos, le recordé:

—Cualquier problema con las luces, ya sabe, me llama. Aunque por ahora no creo que



vuelva a presentarse ningún inconveniente. Son quinientos pesos.

—¿Quinientos?

—¿Le sorprende?

—Es que, en fin... ¡no tenemos dinero!

—¿Cómo que no tienen dinero?

—Bueno, entienda que ninguno de nosotros trabaja y...

—¡Para qué me llamó entonces! ¿Cree que mi trabajo no vale nada? ¡Y en una noche como esta! —grité furioso.

—No se ponga así. Y grite para este lado, que estoy a su izquierda.

—¡Exijo que abone su deuda de inmediato!

—Está bien, está bien, veré qué puedo hacer. Aguárdeme un momento.

Segundos después la puerta de la derecha se abrió y cerró, por lo que supuse que Invisible había ido a buscar dinero. Esperé impaciente. No tolero este tipo de abusos, odio las injusticias. El dinero es el dinero y para ganárselo es que uno trabaja.

En esos pensamientos estaba cuando desde lo alto de la escalera izquierda vi descender al gato gigante. Venía relamiéndose, como si acabara de cenar. Pareció que no iba a prestarme atención,

pero no: se detuvo junto a mí, puso su enorme cabeza bigotuda a un centímetro de mi cara y me miró fijo con sus ojos espantosos.

Pensé que debía tratarlo como a cualquier gatito.

—¡Hola! —le dije—. ¿“Bigotito”, es tu nombre?

—Sí, imbécil. Pasan días enteros sin que pueda comer un ser humano y justo hoy se me presentan dos. Es una lástima. En fin, espero volver a verte.

—¡Seguro! —le dije.

Se marchó.

Poco después se abrió la puerta de la derecha y entró flotando un jarrón chino que lentamente vino a mi encuentro.

—Acá pasan las cosas más insólitas —comenté fastidiado.

El jarrón siguió avanzando y, cuando estuvo a treinta centímetros de mi nariz, se detuvo.

—Ya que no contamos con dinero, pensamos recompensarlo con esta antigua pieza cuyo valor es de...

—¿Qué? ¿También los jarrones hablan?

—No, no. ¡Qué humor tiene usted! Soy yo, el mayordomo. Por favor, acepte este pago.

Tomé el jarrón con todo cuidado, lo puse a la altura de mi cabeza y desde ahí, con todas mis fuerzas, lo reventé contra el piso.

—¿Se está burlando de mí? —estallé—. ¡Quinientos, le dije, no un asqueroso jarrón chino!

—Oh, sí, está bien, disculpe, tiene razón. Es que ese jarrón es antiquísimo y puede valer... En fin, pensé que... ah, ya sé, ya sé de dónde sacar dinero. En un minuto regreso.

Por las telarañas que se fueron moviendo me di cuenta de que Invisible iba hacia la izquierda. Efectivamente, se abrió y cerró la puerta de la izquierda, la misma por donde había entrado antes el gato gigante. Un minuto después la misma puerta se volvió a abrir y las telarañas se movieron. Esta vez venía flotando en el aire un cofre.

—¡Ja! ¡Ahora un cofre volador! —exclamé irónico.

—Soy yo nuevamente, señor electricista. Tome usted su dinero.

Abrí el cofre: estaba lleno de malditas monedas doradas, sin duda viejísimas y fuera de circulación. Lo revoleé violentamente.

—¡Murciélagos, fantasmas, mayordomos, gatos gigantes, eh! ¡Pero ninguno trabaja, manga de haraganes! La próxima vez que se queden sin

luz vayan a buscar a Magoya, inútiles! —grité enloquecido.

—¡Discúlpenos, caballero, es que...!

—¡Cerrá el pico, momia invisible! ¡Andá a masticar naftalina!

Me fui dando un portazo.



